

CAPÍTULO VI

“¿Dónde está mi brazo? ¿Alguien ha visto mi brazo?”

(Gundag. No es bueno jugar con un hombre-lobo).

- Bien, parece que no es necesario. – concluye Gavrie –

Hadrian y Morven salen de la oscuridad para contemplar la escena más de cerca. Dos de los guardias yacen con la cabeza abierta, mientras que el tercero intenta respirar con algo que recuerda vagamente a una nariz.

Además, la chica sigue propinando patadas a uno de los guardias.

- ¿Quién es una puta? ¿Quién?

Morven, acercándose con cautela, pregunta:

- Creo que no podrás contestarte, chica...

- ¡Te voy a dar a ti puta! – sigue increpando al guardia, mientras el pie sube y baja rápidamente.

Por un momento, la chica detiene la pierna para mirar fijamente a Morven.

- ¿Ya has terminado? – pregunta Morven – Oh, bien, parece que no. ¿Ya? Bien. ¿Te encuentras bien?

- ¿A ti qué te parece? ¡Pregúntales a ellos!

- Lo haría, si pudiera distinguir su cara de su culo, después de la paliza...

¿Quien eres? – pregunta Morven -

- ¿Y tú? ¿Quien demonios eres tú?

- No creo que tanta cháchara sea necesaria –interviene Hadrian – ¿Verdad, Fear?

La expresión de la chica se transforma en cuestión de segundos de la rabia al miedo. Con una clara muestra de pánico, la chica retrocede lentamente.

- ¡Tu! ¡No te acerques a mí! ¡He oído hablar de ti!
- Tranquila, Fear. Sabes que estoy de tu parte... – Hadrian modula la voz de forma que su tono es calmado y tranquilizador -
- ¡Ni se te ocurra usar magia contra mí! ¡Sé lo que les ha pasado a los otros! ¡No te acerques!

Fear, rápidamente, recoge del suelo una de las espadas de los guardias, y, en un movimiento felino, hace que la punta del estilete quede a dos centímetros del corazón de Hadrian.

La tensión dramática se ve alterada por el grave sonido del repicar de las campanas de la torre. Señal inequívoca de que la alarma está sonando...

- ¡Mierda! ¡Ya deben haber encontrado a los guardias! – exclama Morven -
- ¿Qué narices hacemos, Hadrian? No creo que podamos con toda una guarnición...
- Bien, ha llegado el momento de la magia – Hadrian aparta la espada con la mano, suavemente - Fear, tendrás que decidir. O vienes con nosotros, o te quedas en este estercolero para siempre. Tú decides, pero tiene que ser ahora.

La chica, indecisa, mira rápidamente a un lado y a otro del pajar y, con cara de resignación, asegura la espada a su cintura y asiente con la cabeza.

Hadrian, lentamente, explica:

- Lo que va a pasar ahora no es ningún juego. La magia no tiene nada que ver con todo lo que habéis oído acerca de ella. Ni viejas vestidas de negro con grandes pucheros, ni magos con sombreros picudos que lanzan bolas de fuego. La magia es más que todas esas leyendas de niños. Hacer magia es sufrir, es moldear la energía que nos envuelve, y eso tiene un precio, mental y físico. Es decir, quiero que os lo toméis en serio, nada de niñerías esta vez. ¿Estamos?

Todo el grupo permanece en silencio en señal de aprobación.

- Bien, voy a hacer que no seamos visibles al ojo humano. Es decir, nadie podrá vernos, pero eso no significa que seamos transparentes, ¿de acuerdo? Debemos evitar el contacto físico.
- Entendido – contesta Morven – Prometo no tocar nada esta vez...
- De acuerdo. Lo más importante viene ahora: el hechizo sólo permanecerá mientras seáis capaces de aguantar la respiración.
- ¡Uf! – interviene Morven - ¿Hasta dónde tendremos que llegar sin respirar?
- Escuchad – dice Fear - nos encontramos a unos 100 metros de las cocinas. Es la salida más cercana. Creo que podemos lograrlo.
- Perfecto. Ah, otro detalle. Mientras dure el hechizo, nuestro peso se verá duplicado, y moverse será parecido a hacerlo bajo el agua. ¿Lo habéis entendido todo?

Morven asiente, igual que Fear. Cuando Hadrian mira a Gavrie, éste se encuentra examinando su brazo izquierdo, con cara de extrañeza.

- Gavrie, ¿lo has entendido? – pregunta Hadrian –
- ¿Qué?
- ¡Por Sortdan! ¡Que si lo has entendido! – increpa Hadrian, enfadado -
- ¡Sí! ¡Sí! Aguantar la respiración y caminar con una piedra en los pantalones... Vale ya...
- Bien, entonces vamos allá. Cuando cuente tres, coged aire y mantenedlo como si la vida os fuera en ello. Bien, de hecho, este es el caso.... – dice Hadrian, dedicando una mirada de súplica a Gavrie –
- ¿Qué pasará si lo soltamos antes de tiempo? – pregunta Morven –
- Pues que se acabó ser invisibles – contesta Hadrian – ¿Preparados? A la una, a las dos, y a las... – los brazos y manos de Hadrian empiezan a deslizarse suavemente a través del aire –

Gavrie, antes de cerrar los ojos para coger aire, fija su mirada en la expresión de Hadrian. Por un momento, sus rasgos humanos se ven tensados al máximo,

y su cara ya de por sí inquietante se muestra ahora borrosa. Gavrie juraría que varios animales sustituyen el rostro de Hadrian: un caballo, un gato, un oso... Y después de ellos, formas semi-humanas. Gavrie decide que es mucho mejor cerrar los ojos.

- ¡Tres! – Aúlla Hadrian - ¡Aguantad!

Cuando Gavrie vuelve a abrir los ojos se encuentra, junto a sus compañeros, en una especie de burbuja de color azul. Todos ellos tienen el pelo flotando en el aire, y ahora se da cuenta de que sus movimientos son lentos y costosos.

Levantar un pie se convierte en un proceso penosamente complicado.

Fuera de la burbuja, todo se deforma y cambia de aspecto, como si estuviera mirando a través del culo de una botella.

Morven toca la espalda de Gavrie y le indica, pesadamente, el camino que Fear y Hadrian han empezado a seguir

Mientras avanzan lentamente a través del patio, los soldados corren de un lado a otro en pequeños grupos, gritando y vociferando órdenes. De repente, uno de los guardias cae al suelo al pasar muy cerca de ellos. Extrañado, mira hacia atrás, sacude la cabeza, y se incorpora para continuar con su frenética carrera. La mirada que Hadrian le dedica a Gavrie hace que éste se encoja de hombros y sonría.

Cuando ya queda poco espacio para alcanzar las cocinas, situadas en uno de los extremos de la construcción central, por otra puerta situada a 10 metros emerge una figura de sobras conocida.

La cara de Yervant y sus gritos no dejan lugar a la duda acerca de su estado de ánimo. Fear, que va en cabeza, se detiene lentamente y dirige una mirada inquisidora a Hadrian.

Este, con gesto tranquilizador, le indica que avance hacia la puerta, que se encuentra abierta.

Cuando Fear está a punto de llegar a la puerta, gira la cabeza hacia Yervant y, por un momento, duda. Yervant la está mirando fijamente a los ojos. Fear es perfectamente consciente que es invisible, pero también está segura de que Yervant la está viendo, de algún modo. Aunque tal vez no como la gente suele entender la visión. Es como si estuviera esperando que expeliera el aire, que cometiera un error. Lo conoce bien. Y él a ella, a su manera.

Morven, que se da cuenta de la vacilación de Fear, la empuja rápidamente (todo lo rápido que se podría hacer cuando tus músculos son como dos tuberías con menos articulaciones que el palo de una bandera) hacia el interior de la cocina.

Las cocinas del palacio son el centro neurálgico de la vida dentro de cualquier fortaleza o castillo. Frutas, vegetales y piezas de caza se amontonan en las mesas. Una enorme chimenea excavada en la piedra preside la estancia.

En uno de los lados, una enorme abertura en la pared, con fuego en su parte inferior, hace pensar en un horno de pan, donde grandes palas son introducidas en su interior, para obtener el preciado alimento.

Normalmente las cocinas son un frenético ir y venir de cocineros y ayudantes que no descansan para tener a punto la próxima vianda. Sin embargo, con todo el jaleo, la cocina se encuentra prácticamente vacía. De no ser por la mole de 3x4 metros que se encuentra en medio de la cocina, troceando un pollo y cantando con voz alegre.

El pedazo de bestia que lleva como vestimenta típica un enorme delantal manchado de a saber qué vísceras es el cocinero mayor. El brazo, que empuña un enorme machete de triturar huesos, baja y sube como una inexorable guillotina. Sus bíceps, del tamaño de la cabeza de Gavrie, se tensan con cada golpe de machete.

Morven piensa que debe de pesar alrededor de 180 kilos. El problema es que éstos se encuentran extraordinariamente repartidos. El personaje tiene un maxilar digno del más veterano de los lobos, y un espeso bigote se bifurca hasta tocar ambas orejas.

El sombrero, una especie de boina blanca, a duras penas encaja en una cabeza como la quilla de un trasatlántico.

- Dios mío, creo que cabríamos todos dentro de ese sombrero – piensa Morven – De hecho, la voz aguda con la que canta y el sombrero minúsculo comparado con su cabeza le dan un toque humorístico, y de hecho así sería, de no ser por el ímpetu con el que descuartiza a la pobre ave.

- Un paso más y ya estamos - piensa Fear – Solo tenemos que llegar a aquella puerta.

El grupo, que avanza lentamente delante del cocinero, ya ha atravesado media sala. Gavrie camina sin apartar la vista del machete, que sigue su imparable danza. Sin embargo, hay algo que le molesta. Se trata de un cosquilleo en su brazo izquierdo. Como si una colonia de hormigas estuviera recorriéndolo. Gavrie levanta pesadamente el brazo a la altura de su cara y observa algo aterrador: su mano ha desaparecido, y su antebrazo se está volviendo transparente por momentos.

- ¡¿Qué mierda es esta?! – exclama Gavrie -

¡PUFFFFFFF!

Como cazados por una fotografía, los cuatro aventureros se detienen. Además de sentirse más ligeros, a juzgar por la expresión del cocinero, también se sienten la mar de visibles.

Hadrian, Morven y Fear tienen tiempo de dedicar una furiosa mirada a Gavrie antes de que el cocinero, blandiendo el machete, cargue contra ellos.

Su ataque es parecido al de un ariete en plena embestida, y Hadrian recibe el impacto de casi 200 kilos sin freno de mano. Tan sólo es capaz de esquivar el machete, ya que el resto de carne sin control le impacta de lleno, lanzándole contra la pared y cayendo al suelo, inconsciente.

El cocinero, que ha conseguido frenarse con la pared, se vuelve y observa a los tres compañeros. Morven, con su velocidad gatuna, lanza un cuchillo que se clava en el brazo que blande el machete, pero no puede evitar la enorme sacudida que le propina el brazo izquierdo en la oreja.

Morven cae sobre la mesa, haciendo que trozos de fruta y varias lechugas aterricen sobre su cabeza.

Fear piensa que un 2 a 0 no les favorece en este primer asalto.

- ¡Uno por cada lado! – grita Fear -
- ¡Este animal no tiene lados! ¡Es un todo! – se queja Gavrie -
- ¡Deberá decidirse por uno de nosotros!
- *¿Quieres hacer el favor de cogerm?*
- *¿Ahora quieres que te coja?* – grita Gavrie – ¡Si estás al otro lado!

El cocinero lanza los brazos hacia ambos lados. Fear esquivo el machete, mientras que Gavrie se protege y recibe el impacto de un puño en su brazo.

- ¡Idiota! ¿De qué demonios estás hablando? – dice Fear, recuperando el equilibrio –
- *¿No me has pedido que te coja?* – contesta Gavrie, rodeando la mesa y situándose frente al cocinero.

- *¡A ella no, imbécil! ¡A mi! ¡Aquí abajo!*

Gavrie se da cuenta de que la voz proviene de su cintura. Al bajar la vista, comprueba que la espada que cogió en la habitación de Yervant es ahora de color rojo iridiscente y, si una espada tuviera expresión, ésta sería de pocos amigos.

- *¡No te quedes pasmado! ¡Cógeme de una vez!*

Gavrie, sin muchas más opciones, coge la espada y la blande enfrente del cocinero. Las incrustaciones y runas de su hoja brillan resplandecientes. De inmediato, Gavrie es catapultado por encima de la mesa con un impulso descomunal, y la espada describe un perfecto arco de arriba a abajo para seccionar, de un solo tajo, el brazo derecho del chef.

El cocinero, que parpadea sorprendido, mira como su ahora muñón empieza a sangrar en todas direcciones. Gavrie también lo mira, aún sorprendido por el movimiento que acaba de realizar.

El cocinero, con un gruñido, alza el brazo que le queda y agarra a Gavrie por el cuello. La respuesta es inmediata. La espada, fulgurante, se desplaza de izquierda a derecha del cuello del cocinero. Con la mirada perdida, la cabeza de éste empieza a resbalar sobre su propio cuello para caer al suelo.

Morven, que justo se estaba incorporando, no da crédito a la escena. Como si aún no se hubiera dado cuenta de lo que ha pasado, la mano del cocinero tarda más de 5 segundos en soltar a Gavrie. Sin embargo, el cuerpo, lejos de darse por vencido, empieza a caminar hacia la puerta.

La imagen es dantesca. Como un pollo sin cabeza, un tronco vestido con un delantal y sin el brazo derecho llega hasta el centro del patio, para finalmente reconocer la evidencia y dejarse morir.

Los guardias y Yervant miran el cadáver sin poder articular palabra. Pero la cosa empeora cuando, de la puerta de la cocina, una cabeza con un sombrero

blanco vuela sobre el patio para impactar contra el suelo, rebotando y deteniéndose junto a Yervant.

Morven, que ya ha cargado a Hadrian a la espalda, grita:

- ¡Gavrie, salgamos de aquí! ¡¿Por qué demonios has tenido que chutar la cabeza?!
- No he podido evitarlo – dice Gavrie, mientras cierra la puerta y empuja el armario para atrancarla – Es superior a mi.
- *¡Bien hecho! ¡Así aprenderán!*

Gavrie, asustado, mira la espada y por un momento no sabe qué hacer con ella. Si devolverla a su funda o lanzarla bien lejos – Bien, ya habrá tiempo de decidirlo – piensa.

Mientras los guardias intentan hundir la puerta, el grupo de aventureros se dirigen a la salida trasera de la fortaleza, usada normalmente para que los transportistas y comerciantes entren la comida directamente a las cocinas. Frente a ellos, el pueblo de Brunto los observa con una mirada mezcla de miedo y miseria escondida.

- ¡Rápido! – grita Fear – ¡estarán saliendo por la puerta principal!
- ¡Nos atraparán! ¡No tenemos caballos! – protesta Morven - ¡Y Hadrian pesa como un muerto!
- Conozco a alguien que nos puede ayudar... ¡En ese callejón!

Mientras las campanas de alarma resuenan, los cuatro compañeros se internan dentro del estrecho callejón mientras los sonidos lejanos de los caballos y los gritos de los guardias se acercan al pueblo.

Fear se mueve como una gata salvaje. Corre, salta y se apoya en las paredes, mira a izquierda y derecha para asegurar el camino. Gavrie piensa que solo le falta husmear el aire, maullar un poco y arañar la cara de algún inocente.

Hadrian recupera lentamente la conciencia, y ya casi avanza por su propio pie.

En el pueblo, las voces de alarma están ahora muy cercanas, y se mezclan con el sonido de las puertas y las ventanas al cerrarse. Apoyados y encogidos en una esquina, las carreras de los guardias pasan muy cerca de ellos.

- ¿Qué demonios ha pasado? – dice Hadrian, llevándose las manos a la cabeza en gesto de dolor -
- ¡Sssshhh! Tranquilo, Hadrian – contesta Morven –
- ¿Dónde está esa bestia? ¡Qué daño! Por cierto... – Hadrian dirige su puño a Gavrie - ¿Se puede saber qué significó aquello?
- Me asusté... – responde sinceramente Gavrie, mientras baja la cabeza - La mano... la mano estaba...
- Desapareciendo, ¿no? – dice Hadrian, mientras una mueca de preocupación cruza su rostro -
- Atentos... ¡ahora! – susurra Fear, cruzando al otro lado de la calle -
- ¡Vosotros dos, vamos! - grita Morven, mientras empuja a Hadrian hacia el otro lado -
- ¿Cómo...? ¿Cómo sabes...? – empieza a decir Gavrie, pero Morven y Hadrian ya están cruzando la calle a toda velocidad - ¡Siempre igual! ¡Es imposible mantener una conversación en este grupo!

Al incorporarse a regañadientes, Gavrie nota que lo observan. Al volver la cabeza, descubre que un precioso gato de color negro lo observa en la oscuridad. Su pelaje es negro como el carbón, y dos ojos amarillos lo miran fijamente. La cola se mueve de un lado a otro, divertida. Gavrie recuerda que su madre siempre le dijo que los animales se expresan con la cola.

No importaba lo que dijeran sus ojos, lo que importaba era la cola, y la de este gato acababa en forma de Z. Seguramente una malformación genética.

- ¿Y tú? ¿También lo sabes todo? ¿Te gustaría explicármelo? – le recrimina Gavrie –

Gavrie observa su mano izquierda y, negando con la cabeza, cruza al otro lado de la calle.

El gato observa tranquilo cómo Gavrie atraviesa las casas y desaparece en la oscuridad. Se lame tranquilamente la pata derecha y realiza un par de ejercicios de estiramiento (patas adelante, culo fuera y culo adentro). Con un bostezo, el ágil felino levanta la cabeza hacia su lado izquierdo:

- ¿Miau?
- Sí, querido Capitán. – afirma una voz tras las sombras – Lo volveremos a ver pronto... Antes de lo que piensas..
- Miau.